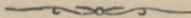


EL PRÓ Y EL CONTRA
DE LA
VIDA MODERNA,
BAJO EL PUNTO DE VISTA MÉDICO-SOCIAL.



7.

EL PRÓ Y EL CONTRA

DE LA

VIDA MODERNA

BAJO EL PUNTO DE VISTA MÉDICO-SOCIAL,

POR

JOSÉ DE LETAMENDI.

DISCURSO INAUGURAL DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA,
EN 1874.

~~~~~  
EDICION DEL AUTOR,  
autorizada por dicha Academia.

~~~~~  
BARCELONA.

~~~~~  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y C.<sup>a</sup>,  
pasaje de Escudillers, número 4.

1874.

EL PRINCEPE

VIDA MODERNA

DE LA

Ilustrísimo Sr.

SEÑORES:

Comprometido paso es, áfé, para todo Académico, salir del árduo empeño de una oracion inaugural: la solemnidad del acto, la ilustracion del auditorio, el buen nombre del Cuerpo, la autoridad de los socios que en igual tarea han sobresalido y la consideracion de las fuerzas propias, siempre menguadas para quien con positiva modestia las valora, constituyen los primeros motivos de perplejidad; y aun cuando al fin se llegue á dominar el justo temor que infunden, ó al ménos á concertar con ellos una amigable concordia, toda vez que el compromiso emana no de un arranque de propia vanidad, sino de un precepto reglamentario, áun entónces queda en pié la más grave de las dificultades: la eleccion del tema. En este punto no hay que formarse ilusiones; un Discurso inaugural no es una contribucion científica ordinaria. Si así fuera, ¿quién habia de experimentar el menor embarazo en componerle? Si en el ordinario trato de los hombres es siempre atractiva la voz de la madurada experiencia; si hasta la palabra del más tosco pastor es deleitante y docente, cuando en inculto estilo nos revela aquellas verdades por él depuradas en el ejercicio de su cotidiana ocupacion, ¿cómo ha de ser posible que

no luzca y enseñe un hombre docto, discurrendo sobre cualquier punto de la ciencia á cuyo cultivo vive dedicado?... Mas una imperativa voz nos repite: *«non est hoc officium»*; las exigencias de un Discurso de Apertura académica rayan más alto que todo esto, y tales exigencias nacen de la naturaleza misma de la solemnidad á que aquel se destina. Una sesion inaugural constituye para un cuerpo científico un acontecimiento de real trascendencia; una sesion inaugural no es un acto interno, es un acto público; no es una funcion orgánica, es una funcion de relacion; por la sesion de apertura la Academia, que durante el año ha vivido ensimismada, nutriéndose y medrando en sí y por sí, cual si fuese la perfecta individuacion de un órden dado de humanos conocimientos puesta al servicio de una determinada especie de humanos intereses, se eleva para enlazarse con las demás instituciones hermanas suyas y recordar al mundo, por este acto de suprema expansion, los vínculos que en estrecha solidaridad la relacionan con la total é individua ciencia y con el conjunto de los sociales intereses; y bien así como el corazon y el iris, la lengua y el bazo, los pulmones y el músculo deltoides, al compás que ejercitan su singular vida íntima, nutricia, segun su diferente naturaleza, sus diversos medios y su distinto fin, integran unos con otros, en tanto que meros órganos y por una admirable correlacion, la vida del verdadero individuo, con sus intereses individuales, sus medios individuales y su fin individual, por idéntico modo las Academias de Medicina y las de Derecho, las de Historia y las de Matemáticas, las de Geografía y las de Literatura, etc., aunque tengan su particular vida orgánica, no constituyen en modo alguno séres aislados, sino partes de un total é individuo sér, la Ciencia integra, con sus intereses sociales, sus problemas complejos, sus soluciones sintéticas que afectan al Derecho sin ser meramente jurídicas, ó tocan á la salud sin ser estrictamente médicas, ó atañen á la riqueza sin ser propiamente económicas, etc., y todos los ramos del saber mantienen entretnejidos y ponen á contribucion, por lo mismo que á ninguno corresponden de un modo exclusivo. Decir que las ciencias pueden, por la simple suma de sus aisladas funciones, resolver todos los temas, valdria lo mismo que pretender hallar resuelto el conocimiento del esqueleto por solo el estudio de todos y cada uno de los huesos que lo integran, cuando la verdad es que el esqueleto se compone de

huesos y de relaciones óseas, que son las junturas, y que en balde nos esforzaremos en imaginar que la rodilla es la simple suma del fémur, la tibia y la rótula, puesto que la realidad nos obligará á reconocer que la rodilla no es una suma sino un modo de relacion de esos factores y que esa relacion constituye, por sí, un resultado natural y un interés práctico distintos de los factores mismos. Junturas tienen, pues, las ciencias; junturas que, como las de los huesos, establecen un resultado natural y crean un interés práctico, y las sesiones inaugurales forman su manifestacion clarísima y espontánea. Los elementos de relacion no pueden mostrarse aquí más patentes; de una parte los Representantes de todos los grandes intereses sociales, de todos los cuerpos literarios y el público previamente invitados; de otra parte la Academia constituida en cuerpo.

Ahora bien; si esta sesion no ha de ser muda, ¿á quién sino á la misma Academia invitante toca hablar? y si habla, ¿no está obligada á hacerlo de un asunto que, impregnado de sentido académico especial, sea sin embargo á todos accesible en los términos, á todos inteligible en el razonamiento y para todos palpitante de utilidad en su aplicacion? Hé aquí el resultado nuevo; hé aquí el nuevo interés que este acto de relacion produce; he aquí por qué la tradicion conserva en todos tiempos y lugares la Oracion académica como la nota característica, como el hecho moral, como la esencia misma, en fin, de estas solemnidades literarias; he aquí porqué el prestigio de una sesion inaugural pende de la elevacion y la trascendencia que acierte á dar á su Discurso la persona en quien la Academia encarna su espíritu, transfunde su palabra, muestra su sabiduría y deposita el tesoro de su histórica fama.

No temblar en este paso fuera presuncion temeraria y más aún si, como en el presente año, tiene el Reglamento la mala mano de señalar para tan alta funcion á quien, además de ser el último de los socios, reconoce que lo es; con lo cual se causan dos daños, uno á la Academia, privándola de más lucida representacion y otro á mí obligandome á tropezar una vez más con mi insuficiencia. Léjos, pues, de bastar á tranquilizarme la consideracion de que, *«quien hace lo que puede no está obligado á más»*, apéname honradamente ver que no alcanzo á lo que estoy obligado.

No se crea, por esto, que la fuerza de mi preocupacion me

haya llevado á dar congoja al magin ó á los libros tortura en pos de un tema: en Ciencias, lo propio que en Bellas Artes; complácame inspirarme en la Naturaleza. Los temas rebuscados en la cavilacion ó en la lectura corren el riesgo de resultar inertes, miéntas que los sugeridos por la realidad acreditan su virtud en el hecho mismo de que, en vez de aguardar pacientemente nuestra eleccion, nos acometen ellos á nosotros, saltando de la naturaleza á nuestros brazos y atrayendo con irresistibles agasajos nuestro interés. Parécense los temas de naturaleza á aquellos niños vivarachos y discretos que, do quiera que nos acometen, acaban por cautivar todo nuestro sér y dejar en suspenso todos nuestros propósitos.

Seguro estaba, pues, de que el buen tema vendria espontáneamente en busca de mí, y así fué que en aborascada noche de otoño aparecióseme en mi habitual observatorio; allí, en aquel recinto donde apesarado y dolorido yace el sér, cuya conservacion forma el empeño de la Medicina y cuya esencia constituye el problema de la Filosofía; allí, en aquel lugar de duelos y privaciones, de quebrantos y congojas, de ilusiones y desengaños, de cancelacion de toda deuda de vicio ó flaqueza, de ejercicio de todas las virtudes y de preparacion de santidad; allí donde la realidad ofrece á raudales la inspiracion para toda suerte de concepciones artísticas: allí el tema de este Discurso se apoderó de mi alma: dictómelo la voz misma del paciente en un momento de serena amargura. Era el enfermo un hombre de mediana edad, de recia complexion y claro espíritu, que en alas de vehementes aspiraciones habíase elevado de simple jornalero á potentado. Dos veces en la áspera cuesta de su vida derrumbóse su fortuna, una vez por su propia ambicion, otra por la mala fé de los hombres; mas otras tantas en fuerza de su ingenio remontó y ahora, cuando veia su afan satisfecho, cuando la industria y el arte, enlazados en admirable concierto, rodeábanle de mil elementos de bienestar, cuando lleno de gozo contemplaba cómo su esposa por el superior trato, y sus hijos por unos medios de educacion que él nunca obtuvo, establecian los orígenes de una más alta prosapia, cuando, por fin, todo en aquel recinto respiraba riqueza, caia el rico derribado por la pesadumbre de su propia obra, herido en el corazon. A la hora en que reclamó mis auxilios, llevaba ya largos meses de enfermedad y, presa de violento ataque, causaba á un tiempo alarma y

duelo, El régio sillón donde el pobre, jadeando, luchaba con su mal, parecíame un sarcasmo en escultura; la rica manta que mal cubria sus hinchados miembros, un tejido de crueles epigramas... Por dicha pude sacar de aquel semi-agónico parasismo al infeliz y poco á poco fué recobrando serenidad y ánimo, bien como suele acontecer siempre que á recio mal se opone recia naturaleza. Entonces fué cuando aquel hombre, despues de referirme algunos de los pasos de su vida, y tras un suspiro más hondo de intencion que de obra, exclamó con imponderable serenidad: «pero decid, Doctor, ¿no es triste cosa que en el siglo, que á mayor número de hombres ha ofrecido los más abundosos y variados medios de bienestar, sean tantos los que, cual yo, sucumben en edad temprana? ¡Ah! estudiad este fenómeno, Doctor, estudiadle. ¡Muchas son las víctimas, varias las dolencias: mas la causa es una; es la fiebre de la época y estudiarla atañe á vosotros, Médicos, porque es fiebre que mata. Hacedlo, por Dios; que ya que vuestros esfuerzos no me aprovechen á mi, que al ménos aprovechen á mis hijos.....»

Preocupado el ánimo, tanto por la triste situacion del paciente cuanto por el vasto problema que su claro juicio acababa de formular, salí de aquel recinto y hasta parecióme que en conciencia quedaba obligado, sino á resolver la cuestion, al ménos á intentarlo. El enfermo habia propuesto magistralmente un tema, y ese tema, brotado de la naturaleza, exhalado en un suspiro, se habia señoreado de mi ánimo. Sí, repetíame yo á solas, comentando las sóbrias frases del paciente; en el seno del cristianismo, suavizados los rigores de su período militante, rotas las cadenas de la servidumbre política, hermanados los hombres por la igualdad atributiva de derecho y facilitadas por la libertad las vias de llegar á la posible igualdad efectiva; aglomerados todos los bienes de las antiguas generaciones á la suma de los obtenidos por las modernas, hoy todos somos reputados dignos de bienestar; todos sentimos el pleno conjunto de las necesidades de que es capaz nuestra potencia apetente y á todos la misma sociedad ofrece los objetos adecuados para satisfacerlas. Nunca, jamás, desde que el mundo es mundo, habíase visto ni tan general el deseo, ni tan apuesta la conciencia, ni tan expedita la accion, ni tan variados, cumplidos y accesibles los medios de realizar en la Tierra un bienestar natural, digno, honesto, cual Dios mismo consiente y aplaude que los

hombres apetezcan obtener y constituye la tendencia viva, perenne, indeliberada de nuestro social instinto. ¿Queréis ver ó explotar mundo? ahí teneis descubierta y beneficiable toda la haz del Planeta. ¿Queréis conocer y utilizar el Universo etéreo? ahí están registradas y catalogadas más de 100,000 estrellas, anatómizados los planetas y el sol, con su peso y su medida, su luz y su distancia, su composicion química y su curso, y tan apuradamente estudiadas sus acciones por la maravillosa potencia del moderno cálculo, que, más que mecanismo intelectual, arte de encantamiento parece la nimia puntualidad con que ellos hacen verdaderas las humanas predicciones. ¿Queréis portentos de más inmediato provecho? ahí está la Física, la ciencia auxiliar de la Redencion, la ciencia por la cual el hombre, que harto tiene y tendrá siempre que sudar para trocar en pan sus concepciones, se libra del sudor brutal, del sudor de esclavo; la ciencia que ha organizado el reino inorgánico, sustituyendo á la esclavitud el automatismo inerte, de una manera tan admirable y cabal, que no parece sino que ha dado á las fuerzas universales discernimiento: y sino, vedlas por do quier laborar; ora como calórico, fabricando desde su cárcel los más preciados productos, ó lanzándose cárcel y todo por sobre la haz de la tierra, corriendo campos, taladrando montes, hendiendo mares á la voz dominadora de su señor; —ora como electricidad, llevando y trayendo el pensamiento humano de region á region, de polo á polo, con tal celeridad que á cada pueblo le sea dado recibir nuevas de todo el mundo mañana y tarde, y de América á Europa, de Europa al Asia, del Asia á la Oceanía vuelen en un instante las promesas de un amigo, los despachos de un Estado, las ofertas de un banquero, los consejos de una madre, las preces de un sacerdote; —ora como luz, que reducida á cautiverio nos declara de qué materias se compone el sol, cuáles quedan ignotas en la tierra, ó bien por maravilloso ingenio convertida en auxiliar de la potencia creadora de Dios y productora del hombre, nos multiplica á millaradas las copias infinitamente perfectas de las obras de Aquel y de éste, con el fin de que cada cual conozca, admire y explote la imágen de unas y otras; — ora como afinidad, revelándonos en la Química, en esa *Física chica*, las innúmeras utilísimas sustancias, que forman la primera materia industrial, resultando de tan varias y ricas fuentes de produccion esa

incomparable Industria que todo lo inventa, todo lo fabrica, todo lo allana y abarata hasta lograr, por la utilidad del mecanismo y la belleza del aspecto, dar á un tiempo alimento que llene, condimento que avive y baratura que facilite la satisfaccion de todo material apetito. ¿Queréis saber? pues ahí está la Imprenta, la sublime ocurrencia de Guttemberg, la hija primogénita del Renacimiento, la que en palabras y en figuras os dá cuenta de todos los pensamientos, todas las imaginaciones, todas las dudas, todas las empresas, todos los hallazgos, todos los esfuerzos, todas las luchas, todas las glorias y todos los escarmientos de los hombres habidos y existentes. Ella, por su naturaleza, no solo instruye á las generaciones, multiplicando el mérito moral y la riqueza material de cada individuo, sino que, además, acrecienta el impulso del progreso social, por cuanto, proporcionando á cada hombre en su profesion noticia cabal de los pasos dados en ella por los demás, multiplica la accion útil del conjunto y de cada uno en particular, siendo por esta razon la imprenta la *conditio sine qua non* del inconcebible adelantamiento que se echa de ver en todos los ramos de la humana cultura. Sin ella, el progreso general no fuera más que una suma de progresos individuales, hijos raquíticos de penosa intuicion. Por ella, por la Imprenta, ha podido la edad moderna erigir su gran monumento de honor, la Historia; ese árbol gigantesco, regado con el sudor moral de millares de investigadores y cuyas ramas, agobiadas de fruto, se inclinan como para ofreceros, en la Philología la historia parlante de los diversos pueblos, en la Palethnología la historia anatómico-política de las razas cuyo origen se vislumbra al través de espesas nieblas prehistóricas, en la Paleontología la historia petrificada de los séres que sin saberlo poblaban la Tierra en los tiempos primitivos, en aquellos dias inconmensurables, bien como proporcionados á lo que en nuestro imaginar debió de ser cada jornal del gran Artífice; en la historia, en fin, de las leyes, de las Artes, de las Ciencias, de la Filosofia, y de otros mil integrantes elementos de la civilizacion, cuanto puede apetecerse como asunto de enseñanza, objeto de curiosidad ó fuente de positivo provecho. Por ella, por la Imprenta, la Historia natural, la ciencia de los séres actuales, ha llegado á constituir una inabarcable Enciclopedia, que, adunando por maravilloso concierto el resultado de los esfuerzos de todos los investigadores, ha puesto en

manos de los modernos pueblos el Inventario de la Creacion y el Formulario del aprovechamiento de sus tesoros y virtudes. Por ella, en fin, por la Imprenta, han podido adquirir majestuoso vuelo todas las ciencias relativas al órden moral, y coexistir con las más atroces luchas políticas y sociales la serena investigacion de los elementos de órden, paz, justicia y bienandanza.

Con la savia descendente de este árbol frondoso de la moderna cultura, elabora la Medicina, al par de las demás ciencias, sus regalados frutos, y en medio del imponderable progreso, que en los procedimientos de exámen y en los recursos curativos ha producido, hay que reconocer que no es este aún el más preciado título de gloria á que, ante los contemporáneos y ante las generaciones venideras, se ha hecho acreedora. No la Semiótica, ni la Terapéutica, la Higiene, sí, la Higiene es el granítico monumento, que ha de inmortalizar la era médica moderna. La ciencia positiva de las relaciones del organismo con los medios externos, que condicionan y sustentan su funcion vital, es, entre todas las ciencias médicas, la que ha sido llevada al mayor esplendor racional que imaginarse pueda, y si es cierto que vale más prevenir que curar, no se podrá decir que la Medicina contemporánea menosprecie esta máxima del sentido práctico. Los modernos preceptos sobre alimentacion, aire, luz, construcciones urbanas, ejercicios corporales y mentales y cuanto á las reglas de salud y longevidad atañe, así en el fuero privado como en el público ó administrativo, compiten en precision con las reglas del Arte más exacta, porque han sido deducidas de un fondo de efectiva ciencia, nunca hasta nuestros tiempos logrado y por ninguno de los antiguos sabios presentido. ¡Loor, pues, á la Medicina moderna, madre de la Higiene más infalible, al par que del Diagnóstico más preciso y de la Terapéutica más heróica!—¡Ah! si Hipócrates se levantara de su tumba, con toda la fuerza de su profunda comprension y su certero juicio, ¡qué de impresiones no habia de recibir en su excursion por nuestra Europa! Imagínadle pasando del Museo Británico al gabinete micrográfico de Max Schulze ó de Kölliker, de estos á las clínicas operatorias de Berlin y de allí á ver los primeros laboratorios de Farmacia y los más notables arsenales de Ortopedia de la Francia, para luego entregarse afanoso al exámen del estado actual de nuestra doctrina sobre Anatomía y Fisiología y contemplar, al fin, cómo los elementos que en sus

modestos libros del *régimen* y de *aires, aguas y lugares* esparciera, han venido á producir, desenvueltos por la ciencia de nuestros tiempos, el gran código de la salud que así á los pueblos como á los individuos señala, con indicacion segura, las reglas de la buena y larga vida.....

Pero ¡ay! no dudeis que el padre de la Medicina histórica, en medio, de su indecible asombro, de su inefable satisfaccion, cuando tras tantas emociones hubiese dado gracias á *Κερόνος* por la señalada merced, que con permitirle ver tales cosas le habia hecho y una vez entrado en reflexion, camino de la tumba, se dispusiese á separarse de cuantos con amor y respeto siguiéramos sus pasos, no habia de hacerlo sin ántes dirigirse á nosotros,—le estoy viendo,—y con la benigna majestad de un hombre grande, que se vuelve á dormir el sueño eterno, hablarnos de esta suerte: «Por Apolon y por Hygiea, ántes que de vuestra grata compañía me separe, decidme, hijos predilectos de los Dioses; en medio de esa profundísima ciencia que atesorais, de esos admirables recursos que para sanar á los enfermos y preservar á los sanos poseeis, ¿qué habeis hecho de los ancianos, que no los he visto en vuestras ciudades, ni en vuestros campos, como en mi patria do quier se aparecian y de que ella hacia alarde, contemplándoles cual la más preciada muestra y el más valioso galardón de aquella incomparable vida helena?»—Y nosotros, los médicos de este siglo, quedaríamos en silencio por respeto al venerando Asclepiáde, por no enturbiar en su mente la clara imágen de su amada Patria; no porque nos faltaran positivas razones para explicar el hecho, sin temor de que de ellas se dedujera la superioridad de la civilizacion griega.

Aquí empero, nada nos obliga el silencio; aquí, libres de testigos de otras épocas, podemos los hijos de la presente discurrir con libertad, de nuestros bienes sin infatuacion, de nuestros males sin humillacion ni sonrojo. ¿Qué reparo habrá, pues, en que formalicemos el estudio del positivo mal de nuestra época, ya que vistas y reconocidas dejamos sus reales excelencias?

Para ello, ya que se trata de una enfermedad, ó como decia mi enfermo, «*de una fiebre que mata*», no se me alcanza mas apropiado método, que el que para las historias médicas se halla en universal adopcion, y así hablaré: 1.º de la consignacion del mal

y de sus caracteres generales; 2.º de su causa; 3.º de sus formas internas; 4.º de su reflejo en la Estadística y 5.º de su base pronóstica y su capacidad de tratamiento.

## I.

El mal de la vida moderna, considerado como un hecho material, consiste en una notable desproporcion entre la mortalidad y los medios de bienestar que la época posee. Que el hecho es positivo, lo vemos todos los médicos, lo vé todo el mundo. No hay entre los presentes un solo práctico, á quien no se ocurran casos de muerte prematura, que no pudieron atribuirse, ni á falta de pan, ni á falta de fortaleza nativa, ni á estacional constelacion, ni á pestes ó contagios, ni á accidentes quirúrgicos, sino á una visible desarmonia nacida de *algo* que está en la época, que no emana de la esfera individual, ni de la gubernativa, sino del influjo propiamente social de las costumbres, de las tendencias al ideal de felicidad, que la época tiene adoptado y al cual, como la juventud á la moda, todas las almas obedecen, sin que nadie lo mande, disfrutando sin reflexion de lo bueno y sufriendo sin protesta lo malo que ello impone.

El mal, por tanto, existe, sus estragos son visibles y su carácter es social. Y ahora preguntémosnos: ese mal de las modernas sociedades; ¿es esencial ó accidental? ¿débese á que nuestra civilizacion es intrínsecamente mala, á despecho de su bellísimo aspecto, ó á que alguno de los elementos que la componen lleva accidentalmente una mala direccion? Arduo problema es este; sin embargo, precisamente porque es problema, lo juzgo resoluble. Intentemos, pues, su solucion.

No soy de los que temen que se acerca el fin del mundo. Si me atengo al texto de la Sagrada Biblia, hallo que la especie humana es muy niña: de ayer data su origen y de los albores de esta madrugada la venida del Redentor. Veo en los hombres á unos seres caidos áun, muy caidos, que á duras penas intentan incorporarse, y puesta mi fé en tan altos principios, he de reconocer una cosa apodíticamente contenida en la revelacion, á saber; que hay Mundo para tiempo, puesto que Dios no habrá creado la

sociedad humana para su prematura perdicion. Y si apelando á la ficcion cartesiana, si prescindiendo de todo revelado principio, se busca un criterio en las reinantes opiniones sobre Antropología prehistórica, se ha de convenir en que, datando, segun ellas, la presencia del hombre en la Tierra de 50,000 y hasta de 100,000 años, no habiendo éste podido en tan largo período avanzar más que lo que se vé y necesitándose que notables variaciones anatómicas procedan á sus ulteriores progresos, quédale á la Civilizacion tela cortada para millares de siglos, ántes que logre realizar en los hombres el *καλὸς καὶ ἀγαθὸς* de los griegos, el *mens sana in corpore sano* de los romanos ó «*la race divine qui gouvernera la terre avec justice, dans la joie et dans la paix*»<sup>(a)</sup> de los modernos transformistas.

Añádese á estas consideraciones la que resulta de un rasgo de carácter uniformemente revelado en la historia por todos los pueblos sin distincion: refiérome á la chocante discordancia que todos han ofrecido entre su conciencia y su conducta; pues miéntras por un lado cada pueblo ha aceptado la ley de su constitucion religiosa, política y social, en virtud del convencimiento de la real ó creida verdad de principios y de la igual bondad de preceptos de aquella ley, ha incurrido por otro lado cada pueblo en la sistemática conculcacion de aquellos preceptos y el menosprecio de aquellos principios, que tan excelentes parecieron á su inteligencia. Y tambien bajo este punto de vista todos los legisladores y pontífices se parecen entre sí, por lo mismo que se parecen todos los pueblos. ¿Veis á Moisés? pues veis á Solon. ¿Veis á entrambos? pues veis á San Pablo. ¿Veis á los tres? pues veis á Pio IX. Yo no sé de ningun legislador divino ni humano, ni de ningun representante suyo en autoridad, que no haya vivido en constante afliccion al ver la conducta de su pueblo...

No cabe, por lo tanto, duda alguna de que nuestra especie está en su mocedad. Pruébalo la consideracion comparativa de su data y su actual imperfeccion y contrapruébalo el hecho de ser ésta de naturaleza esencialmente juvenil, puesto que consiste, nó en la falta de conocimiento, sino en la falta de juicio, de serenidad, de virtud, en fin, para resistir á los impulsos de su ardorosa pujanza.

---

(a) Clemence Royer.—Orig. de l' Homme et des Sociétés; p. 587, final.—Paris 1870.